

# Un cuento de hadas

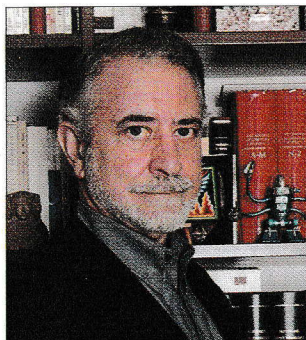
## JOSÉ MARÍA MERINO

**H**abía una vez un niño al que le interesaban mucho las hadas: su delicada belleza, su túnica de luz, su poder mágico. Con el paso de los años descubrió las virtudes principales que las hadas poseen: dar al mundo ternura y armonía, hacer que el tiempo parezca tener solidez y sentido, apaciguar la sospecha de fatalidad que siempre nos desazona, encender en nosotros una luz de esperanza cuando sentimos que nuestro destino seguro es sólo dolor y sombra. Nunca fue capaz de verlas, aunque intuyese a menudo su presencia en el reflejo del atardecer en una ventana, en el silencio de una placita, en la penumbra del bosque, en el susurro de una canción que alguien le regalaba al pasar.

Un día vio reír a una niña y le pareció que sólo un hada podría hacerlo con seguridad tan natural. Sólo un hada puede reír con ese resonar suave que no parece voz sino ruido de brisa, de hojas que se mueven, de agua que corre, pensó; sólo en los ojos de un hada puede haber ese brillo entre sol y plata y espejo lejano.

Otras risas, gestos y miradas femeninas le fueron convenciendo de que las hadas no son seres con un cuerpo concreto, autónomo, sino espíritus invisibles, impalpables, que habitan, colonizan determinados cuerpos femeninos, y que sólo se dejan descubrir a veces en un ademán, en una palabra, sin que sus propias anfitrionas sepan quién está dentro de ellas. Cerca de su casa vivía aquella niña, que con el tiempo se hizo muchacha y que, en muchos matices de su comportamiento, y a pesar de los reproches familiares, mantenía cierta espontaneidad infantil, todavía no doblegada por las convenciones: hablaba con desconocidos, corría por la calle, se reía sin disimulo de todo lo que le parecía divertido.

En esa muchacha le pareció, pues, vislumbrar la presencia habitual de un hada. Había instantes de su risa, destellos en su mirada, un momento en la



*Merino*

José María Merino es **coruñés de nacimiento (1941), leonés de adopción y residente actualmente en Madrid.**

**Es autor de numerosas novelas y cuentos que han obtenido premios como el de la Crítica, el Nacional de Literatura Juvenil, el Miguel Delibes de Narrativa o el NH de Relatos. Su última novela es *El heredero*, y acaba de publicar el libro de ensayos literarios *Ficción continua*.**

manera de sacudir la melena, en la forma de pronunciar una frase, que sólo a un hada podían corresponder. Buscó su cercanía, se hizo amigo suyo, fueron teniendo intimidad, se enamoraron, se casaron, criaron hijos, vivieron juntos muchos años.

Ella no perdió nunca aquella naturalidad de su adolescencia ni el hada que vivía en ella la abandonó, y él estaba pendiente de que el hada asomase a sus ojos, a su boca, de sentir el tacto del hada en su piel, en sus besos, y vivía maravillado del privilegio de haber podido compartir su existencia con un hada y de que los dones de armonía y ternura fueran siendo otorgados sin cesar a lo que le rodeaba a lo largo de los años. Claro que nunca se lo dijo, jamás hablaba de ello, disimulaba, para no desconcertar a la mujer pero, sobre todo, para no alarmar al hada, pues temía que si el hada era consciente de que había sido descubierta por un ser humano, acaso abandonaría a aquella mujer para buscar otro cobijo donde pudiera seguir inadvertida.

Se hicieron mayores, viejos. Él enfermó y comprendió que la muerte estaba ya cercana, pero la presencia de su mujer y del hada que vivía en ella le hacían menos penosas las últimas jornadas. Llegó el final, sus hijos habían viajado para acompañarlo y estaban reunidos en la habitación de al lado, cansados y pesarosos. Entonces una voz le hizo salir de su ensoñación, pues enseguida advirtió que era la voz del hada. Miró a su mujer y vio que ya era del todo hada, con ojos brillantes de hada, con rostro resplandeciente de hada. Sujetaba sus manos con mucha dulzura y con la voz de hada, ya sin ocultamiento, le daba a entender que era el hada, además de la mujer, la que estaba hablando, y le aseguraba que siempre había sido dichosa con él.

Entonces él supo que también aquél era uno de los momentos felices de una vida privilegiada, y murió con una sonrisa. ■